

SUZANNAH DUNN

Ana Bolena
— *y la* —

PASTELERA REAL



algaida
INTER

Título original: *The Queen of subtleties*
Editado en Reino Unido por: HarperCollins Publishers
77-85 Fulham Palace Road
Hammersmith, London W6 8J

Primera edición: 2010

© Suzannah Dunn, 2004
© de la traducción: Celia Recarey Rendo, 2010
© Algaida Editores, 2010
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-476-4
Depósito legal: M-30.303-2010
Impresión: Lavel Industria Gráfica, S. A.
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

NOTAS	11
ANA BOLENA	13
LUCY CORNWALLIS	45
ANA BOLENA	71
LUCY CORNWALLIS	97
ANA BOLENA	131
LUCY CORNWALLIS	163
ANA BOLENA	197
LUCY CORNWALLIS	239
ANA BOLENA	263
LUCY CORNWALLIS	295
ANA BOLENA	311
LUCY CORNWALLIS	345
ANA BOLENA	359

EPÍLOGO	403
BIOGRAFÍA SELECTA	407
AGRADECIMIENTOS	409

*Para mi pequeño pelirrojo Tudor,
Vincent.*

NOTAS

LA EXISTENCIA DE UNA MRS. CORNWALLIS COMO pastelera de Enrique VIII, y única mujer entre los doscientos miembros del personal de cocina de la casa real está documentada. Lo único que se sabe de ella, además de su apellido y puesto, es que el rey acabó regalándole una estupenda casa en Aldgate, en reconocimiento a sus servicios. Todos los demás aspectos relativos al personaje de Lucy Cornwallis y su historia en esta novela son ficticios, al igual que los de sus compañeros de trabajo. Los nombres y empleos de otros miembros del servicio de la casa real intentan ser históricamente exactos, al igual que el itinerario del «periplo» (gira real) del verano de 1535.

Todos los acontecimientos documentados o mencionados en las secciones que llevan el título «Ana Bolena» intentan ser históricamente fieles, con tres pequeñas excepciones: la divisa bordada en el traje que el rey lució el martes de Carnaval de 1526 no rezaba en realidad «Sin comentarios», sino *Declare je nos* («No oso declarar»); fue el tío de Ana, el duque de Norfolk, no Sir Henry Norris,

quien le dio la noticia de la grave caída de Enrique en la primavera de 1536; y la tía que estuvo con Ana en la Torre no era la Elizabeth que había sido duquesa de Norfolk, sino otra.

Se han utilizado diminutivos para evitar confusiones (entre, por ejemplo, los muchos Henrys y Francis, Marys y Elizabeths) o para evitar versiones anticuadas de los mismos (Meg Shelton era conocida en realidad como Madge, y Betsy Blount como Bessie). El perro de Ana Bolena se llamaba en realidad *Purkoy* (se cree que del francés *pourquoi*, debido a su expresión inquisitiva) y no, como aparece aquí, *Duende*.

ANA BOLENA

TSABEL, TE CONTARÁN MENTIRAS SOBRE MÍ, O TAL VEZ nada en absoluto. No sé qué es peor. Y tú también, mi única hija, la historia de tu vida también será reescrita. Ya no eres la hija y heredera legítima del rey. Ayer, de un plumazo, fuiste convertida en bastarda. Mañana, por si fuera poco, un golpe de espada te dejará sin madre.

Hay gente a la que le hubiera gustado poder afirmar que no eres hija de tu padre, pero tú se lo has impedido. Eres una rosa Tudor, un pálida pelirroja, mientras que yo soy una inglesa de cabello negro, tez cetrina y ojos negros como el carbón, morena como una española. Nadie ha tenido el valor de insinuar que no seas sino la carne y la sangre de tu padre.

No recordarás mi aspecto, y dudo que jamás puedas ver mi retrato. Todos mis retratos serán quemados. Probablemente ni siquiera verás nunca mi letra, porque mis cartas y diarios correrán el mismo destino. Hasta mi inicial será eliminada de las tallas y emblemas de tu padre, por todo el país. Y empezará mañana, con el golpe seco de la

espada sobre mi cuello desnudo, justo antes de que mi marido anuncie públicamente su próximo matrimonio. Como su actual esposa, supongo un problema. Aunque no tan grande que no pueda ser resuelto por el más fino de los filos.

Quiero que sepas de mí, Isabel. De modo que empezaré por el principio. Nací con el siglo. Y vaya un nacimiento, vaya un siglo: el dieciséis, tan diferente a todos los que lo precedieron. Cuántos cambios he presenciado. Atrás quedó, de repente, la vieja Inglaterra, el antiguo régimen de caballeros y sacerdotes. Inglaterra estaba hecha de hombres viejos. Hombres nacidos con una posición, que conocían su posición. Nosotros, los Bolena, siempre nos hemos preciado de saber todo lo que hay que saber sobre todo, a excepción de la posición que nos corresponde.

Nací en Norfolk. Mi madre es una Howard. Su hermano es el duque de Norfolk. Yo nací en Blickling Hall. No guardo recuerdos de Norfolk, pero me han dicho que allí la tierra es llana, el cielo alto y vasto. Así que, al parecer, desde el principio he tenido los ojos puestos en el horizonte. He oído hablar del clima en Norfolk: veranos encapotados e inviernos crudos, que te calan los huesos. Inhóspito e inflexible, como los Howard. Si el mundo no hubiese cambiado, a los Howard les habría parecido bien.

Otra cosa que he oído de los Howard: que el duque, mi tío Norfolk, tiene don de gentes. De entrada, parece extraño oír semejante cosa del último hombre de Inglaterra que ha tenido siervos; pero, en cierto modo, es verdad porque, para él, los negocios lo son todo y no teme ensuciarse las manos. Nada de aires de grandeza. Tierra y dine-

ro, eso es lo que le importa a un Howard. Mi tío jamás ha leído un libro, y se enorgullece de ello. Ser implacable y eficiente, eso es lo que importa. Un día te da una palmada en la espalda, al día siguiente, una puñalada. Sin rencores, no son más que negocios. Nunca confíes en un Howard, Isabel, aunque seas una de ellos. Mira adónde me ha llevado a mí, enviada a esta Torre por mi propio tío.

Pero ante todo soy una Bolena. Mi padre no gozaba de los privilegios de los Howard; ha tenido que abrirse camino en la vida. Y lo ha hecho, vaya si lo ha hecho: el cultivado, astuto y frío Thomas Bolena. Inglaterra jamás ha conocido a nadie como él. Para empezar, posee un talento prácticamente desconocido por estos pagos: habla francés como un nativo de Francia. Cosa que le ha hecho indispensable para el rey.

Nosotros, los Bolena, hemos tenido una vida muy distinta a la de los demás ciudadanos de este país; a la de todos los que se encuentran bajo estos pesados cielos ingleses, con sus rancias y viejas togas y vestidos, digiriendo lentamente sus guisos. Yo viví en Francia de los doce a los veinte años. Me crié como una francesa, regresé a Inglaterra como una francesa. En Francia hay mujeres fuertes, Isabel, porque son educadas. A diferencia de aquí, donde la única manera de convertirse en una mujer fuerte es ser una marimacho. Imagina lo que fue para mí volver. Durante años, había pensado en francés. En Francia todo parece posible y la vida está para ser vivida. Incluso ahora, encerrada en la Torre, a un día de mi muerte, estoy viva, Isabel, como la mayoría de la gente jamás lo ha estado ni lo estará. Compadezco sus tristes vidas de postración.

Olvídate de Norfolk, Isabel; olvídate de los Howard y de la vieja Inglaterra, del catolicismo y del decrepito Blicling Hall. Piensa en Hever, el castillo que nosotros, los Bolena, convertimos en nuestro hogar. De suaves colores, grandioso y firme. Tal vez vayas allí algún día. Allí me crié yo.

Yo era plebeya, pero llegué a ser reina. Nadie lo creía posible, pero lo hice. Sustituí a la mujer que había sido reina de Inglaterra durante quince años, una mujer que había nacido como «hija de los Reyes Católicos». Su sangre real, su porte regio, su célebre gracia y benevolencia nada pudieron contra mí al final. Cuando acabé con ella, era una vieja beata y gorda. E Inglaterra había cambiado para siempre. Había que hacerlo. Agarré a la vieja Inglaterra por el cuello y la zarandeeé hasta su muerte.

Olvidemos a la ex mujer, por el momento, y empece-
mos mejor por los hombres. Porque la historia de mi vida —y ahora, al parecer, de mi muerte— es sobre todo una historia sobre los hombres y yo. Me gustan. Son fácilmente impresionables. Me gusta la franqueza de los hombres, su impaciencia. Cuando llegué a la corte inglesa, con veinte años y recién llegada de Francia, me enamoré de Harry, Lord Percy. No tiene nada de particular. Las mujeres lo hacían todo el tiempo. La diferencia fue que Harry se enamoró de mí. Harry Percy, de veintidós años: su vaga sonrisa, su boca grande que invitaba al beso. Vestía elegantemente, pero sin la horrible y anticuada ostentación de sus compatriotas ingleses. Tenía estilo. Podía permitírselo: era uno de los herederos más acaudalados del país. Otro punto a su favor.

Demasiado acomodaticio para la silla de montar, y claramente aburrido por el tenis, lograba ser sorprendentemente popular entre los hombres. Pero incluso entonces era bebedor, lo que puede explicar su popularidad. En cierto modo estaba al tanto de todo sin dejar de estar al margen, de ser un observador; y eso me atrajo, recién llegada a la corte. Encantaba a las mujeres porque le encantaban las mujeres: le encantaba la compañía femenina, el cuerpo femenino. Resultaba obvio, al menos para las mujeres. Los hombres, ingenuos, probablemente no lo consideraban el rival que era. Nosotras las mujeres comprendíamos instintivamente que Harry buscaba placer y que, si se lo concedíamos, sabría saborearlo. No obstante, hasta donde pude averiguar, no tenía fama de mujeriego. Por el contrario, parecía exigente y poco dispuesto a jugar al juego de los grandes romances. Tenía cierto aire que parecía decir «lo tomas o lo dejas», una claridad de propósitos y una negativa a transigir que me intrigaban y me admiraban.

Nos observamos el uno al otro durante un par de semanas, si «observar» no es un verbo demasiado activo para Harry. Sabía que se había fijado en mí. ¿Cómo podía no haberlo hecho? Yo era la chica nueva de la corte, vestía la última moda francesa. Un atardecer, cuando paseaba por un corredor, surgió de detrás de una puerta y se interpuso en mi camino.

—Camina conmigo —dijo.

Yo no dije nada —esperaba el momento oportuno— y simplemente hice lo que me pidió, crucé la puerta delante de él y salimos a un patio. El aire era más cálido de lo

que había previsto. Había pasado todo el día encerrada, cumpliendo con mis deberes de dama de compañía: jugar a las cartas, tocar música. Fuera, mis ojos parecieron abrirse como es debido, del todo, y relajé los hombros. Me pregunté por un instante por qué no hacía aquello más a menudo: salir, pasear.

Nos dirigimos al jardín de rosas.

—En casa —dijo, rompiendo el silencio—, desde nuestros jardines, podemos oler el mar. Lo añoro. Aquí me siento tan acorralado.

—Oh, así que vamos a pasear y charlar...

Eso le hizo callar. Bien. «Camina conmigo».

Tenía una pregunta para él:

—¿Qué te pareció la obra de anoche?

Él miró a su alrededor, buscando una obviedad que ofrecerme, pero se contuvo a tiempo. Se encogió de hombros con un gesto entre neutral y abatido.

Yo dije:

—Sí, pero te reíste todo el rato.

Se puso a la defensiva.

—Estamos en la corte. —La corte: comed, bebed y sed felices. Luego vino esa sonrisa suya—. En cualquier caso, tú también; tú también reías.

Ahora fui yo quien se encogió de hombros.

—Estamos en la corte.

—Probablemente fuiste quien más se rio. Se te da muy bien, ¿no es así?

—¿Reírme?

—Estar en la corte.

Respondí:

—Nunca hago nada a medias.

Una vez en el jardín, nos sentamos en un banco y dije:

—¿Quieres saber lo que de verdad pienso, Harry Percy, de esa obra? ¿De todas las obras que vemos aquí? ¿Y de la música, la poesía, la comida, la ropa, las maneras? —Me recosté y crucé los pies—. ¿De los jardines incluso?

Con los codos apoyados en los muslos, miró fijamente el suelo.

—Añoras Francia.

Arranqué un pétalo y lo enrollé entre las yemas de los dedos.

—No me hagas hablar. En serio. Háblame del lugar que tú añoras. Háblame de esa casa tuya.

Así, empezamos por los lugares de donde veníamos y acabamos, horas después, con los libros que estaban cambiando nuestras vidas. Recuerdo que le pregunté cómo se había hecho con uno de ellos, todavía prohibido en Inglaterra, y me contestó que tenía sus fuentes. Le dije que ése era un secreto que me gustaría que me confesara cuando se sintiese capaz.

Él me quitó el trozo de pétalo y dijo:

—Oh, no contemplo la idea de tener secretos para ti.

El crepúsculo se había echado sobre nosotros. El palacio emergía como una constelación de porches encendidos, ventanas iluminadas. Los transeúntes, embelesados por la penumbra, hablaban con menos cautela de la habitual. Harry y yo habíamos dejado atrás el resto del mundo, aun siguiendo en su mismo corazón. En aguas profundas, pero en el bajío.

—¿Ana? —Su voz sonó casi cansada. El beso fue el más leve roce de sus labios, muy despacio, sobre los míos. Y los míos sobre los suyos.

A partir de aquel momento, lo único que nos importaba era estar juntos. Cada vez que lo veía en el extremo opuesto de una estancia, dulce y atento con alguna mujer, sonreía pensando que, poco después, tendría su boca en la mía y estaría a mis pies. Vivía en un estado permanente de silencioso agradecimiento a Dios por la existencia de Harry. No podía creer mi suerte; no podía creer lo cerca que, sin saberlo, había estado de morir en vida o no conocerle.

Pero no había contado con el hombre que, en aquella época, era Dios en Inglaterra: el cardenal Wolsey. Wolsey tenía otros planes para Harry, por diversas razones políticas. Tenía planes para la familia de Harry que no incluían a una Bolena. Se puso en contacto con el padre de Harry, que vino y le montó una buena antes de arrastrarlo a casa y casarlo con una mujer a la que no conocía, y a la que llegó a odiar. Y allí sigue: allá arriba, en Northumberland, retorciéndose en su casa ancestral, sin hijos y borracho.

Lo peor que me sucedió a mí fue que me enviaron a pasar el verano a casa, a Hever; pero, por supuesto, en aquel momento, me pareció un destino peor que la muerte. Pasé aquel verano maldiciendo a Wolsey. El resto de la familia no tardó en unirse a mí en mi maldición, pues ése fue el verano en que mi padre fue nombrado par —Lord Rochford— y parecía que todos sus esfuerzos habían sido recompensados hasta que Wolsey forzó su dimisión como

Tesorero Real, alegando no sé qué conflicto de intereses. Los Bolena perdimos un salario, y Wolsey ganó nuestra considerable animosidad.

Mi padre no estaba solo cuando se arrodilló para ser honrado en aquel Salón de Audiencias abarrotado e insoportablemente caluroso. Frente a él estaba Fitz, el hijo bastardo del rey, de seis años. Fitz, con sus hoyuelos y su cabello de albaricoque, traído desde su residencia infantil de Durham House, en el Strand. Fue nombrado duque de Richmond, y luego se sentó en el estrado real, a la derecha de su padre, durante el resto de la ceremonia. Fue su recibimiento oficial en la corte. Un mes más tarde, volvieron a enviarlo lejos, pero solo por el sudor inglés que invadía a la población de Londres. De repente, era dueño de un castillo en el norte y recibía los ingresos de ochenta casas solariegas. Con él viajó una comitiva de trescientas personas, entre ellas, un séquito compuesto por los mejores tutores del país. Lo que quiero decir es que no abandonó la corte como había llegado —como el encantador pequeño de Betsy Blount, el adorado bastardo del rey—, sino como una especie de príncipe.

Por supuesto, hubo que escenificar algo similar para la princesa. En su caso fue Ludlow, en agosto. No presencié la marcha de Fitz, pero sí estaba en el patio cuando la de María; recuerdo las vistosas libreas de aquellos doscientos criados: azules y verdes. Yo era una de las damas de compañía de la reina. La reina lloriqueaba; lloriqueó no solo cuando la princesa se alejó por las puertas de palacio, sino durante días enteros después de su marcha. Ya empezaba a ser difícil de complacer. Desde luego, la pom-

pa de la marcha de su hija a Ludlow no bastó para ablandarla. Había tenido que ver cómo Fitz era nombrado caballero de la Orden de la Jarretera en abril, pero la concesión del título de par y el palacio en el norte en junio eran, en su opinión, ir demasiado lejos. Wolsey despidió a tres de sus mujeres por quejarse de la fortuna de Fitz y, lo que era peor, cuando ella apeló, se negó a readmitirlas. Tenía sus costumbres, tenía sus momentos. Aquello fue toda una salva de aviso para Catalina. Y en un mal momento para ella, además, pues los planes de matrimonio que había negociado para su raquítica mocosa se habían desbaratado. Es decir, que, de repente, aquel verano, nadie de cierta importancia tomaba a Catalina en serio, ni parecían dispuestos a hacerlo.

La historia que todo el mundo cuenta es que Enrique se divorció de su sufrida y dulce reina de mediana edad por mí, una joven seductora cazafortunas de oscuros ojos. La verdad es más complicada. Por ejemplo, mi edad. Yo tenía veintiséis años cuando Enrique se enamoró de mí. Ya no era una niña, pues. A mi edad ya tenía que haber estado casada (y lo habría estado, habría sido la condesa de Northumberland, de no haber sido por Wolsey). Debería haber tenido hijos. A los veintiséis años, era una mujer de mundo, educada, ambiciosa. No era una muñequita ingenua. Sí, era más joven que Catalina —¿pero quién no?—, ella tenía cuarenta años y aparentaba veinte más. Para ella todo había terminado: la mujer que se suponía debía traer al mundo a los herederos del rey llevaba más de una década sin quedarse embarazada. Era una carga para Enrique.

¡Y menuda carga! Todo lo que le faltaba de alto lo tenía de ancho. Con todos los problemas de salud que cabría esperar. Y no era de extrañar, con todos aquellos embarazos frustrados. Y tampoco era de extrañar que se frustrasen, con todos los esfuerzos a los que se sometía: el ayuno ritual, el levantarse de madrugada para rezar, los arduos peregrinajes, caminando durante semanas y semanas hasta Walsingham bajo todo tipo de condiciones meteorológicas. Todo ello afectó también a su ánimo. Se retiró con sus beatas damas de compañía españolas y sus curas españoles. Dejó de vivir en el mundo real. Aunque, por otra parte, nunca había vivido en él. No voy a negar lo que dice la gente, que siempre tenía una palabra amable para todo el mundo. El problema era entenderla. A pesar de todos los años que llevaba en Inglaterra, seguía siendo irremediabilmente extranjera.

¿Por qué se había casado Enrique con ella? No olvidemos que fue decisión suya. Su padre había muerto. Acababa de morir, de hecho, y ahí está la clave: el matrimonio fue decisión de Enrique, su primera decisión; la primera gran decisión de un nuevo rey de diecisiete años. Casándose con Catalina, dejó su impronta e hizo una sabia jugada política al mismo tiempo, una alianza con España. Y, en cualquier caso, Enrique era un hombre caballeroso; de gran corazón, y decidido a ser el rey adecuado. Quería poner fin a la desgracia de Catalina: aquella mujer gentil, estoica y erudita, como él la veía, que se encontraba atrapada en Inglaterra, viuda, huérfana y empobrecida.

Y allí estaban, años más tarde: una extraña pareja. Ni siquiera casaban físicamente: ella era la mujer más baja de

la corte; él, probablemente el hombre más alto de Inglaterra. Ella era patosa, mientras que él era uno de los mejores jugadores de tenis de Europa. Ella jugaba a las cartas con sus damas y se iba pronto a la cama. Él estaba de fiesta hasta la madrugada. Ella se había convertido en una vieja, mientras que él todavía era joven. Ella ansiaba tener nietos, él seguía esperando tener herederos. Había también una diferencia fundamental en sus actitudes hacia su fe. La relación de Enrique con Dios era robusta, directa. No era tanto de arrodillarse ante los curas, como Catalina, sino de darles una palmada en la espalda y retarlos a debatir.

Para cuando me convertí en una de sus damas de compañía, la vida de Catalina giraba en torno a aquella enclenque hija suya, adoradora de curas. Una cría repulsivamente anodina. La idea de que la hija enana de una vieja española procedente de un linaje extinto pudiese algún día seguir los pasos de Enrique y gobernar Inglaterra era ridícula.

Cuando Enrique hizo su primer acercamiento hacia mí, mi atención estaba en otra parte, si bien a regañadientes. No me había vuelto a interesar por el amor desde lo de Harry Percy. Mi corazón no estaba preparado para ello. Mi corazón no estaba preparado para Thomas Wyatt. No me malinterpretes, lo apreciaba mucho: éramos amigos desde la niñez, y probablemente era uno de mis mejores amigos. ¿Pero como amante? No estaba convencida. Sus sentimientos al respecto eran inequívocos, y así lo hacía saber. Cosa fácil, si se es poeta, y él era —es— uno de los mejores de Inglaterra. Todo el mundo leía sus poemas.

Nadie entendía mis reticencias. El consenso entre mis amigos era que Tommy era el mejor partido posible: gallardo e inteligente, sensible y rubio como un bebé.

Enrique dio el primer paso con un regalo: un capullo de rosa hecho de alcorza. Colocado sobre mi almohada. Alguien había entrado cuando yo no estaba y había colocado sobre mi almohada un capullo hecho de azúcar fundido. Cristalino, teñido con agua de rosas. No supe que era de Enrique hasta que leí la tarjeta: HR.

Los regalos que empezaron a llegar eran a veces de azúcar, a veces de oro y a veces del oro azucarado del mazapán. Broches, emblemas, estatuillas, estrellas, unicornios, la mismísima Venus. Por supuesto, yo le agradecía todos y cada uno de ellos. Pero los detestaba. Debía de pensar que, con cada gramo de azúcar y oro, estaba haciendo un pago. Y yo no estaba a la venta. Finalmente, decidí que algo tenía que decir y le pedí un momento en privado. Detestaba tener que ir y pedírselo y que él consiguiese lo que quería: una palabra mía.

Le dije:

—No deseo parecer desagradecida... ni lo estoy... pero debería dejar de enviarme regalos.

—¿Debería? —dijo, divertido. Altivo y divertido.

Eso me molestó, aunque, por supuesto, procuré no demostrarlo. Procuré actuar como una gentil muchachita. Para él todo era fácil siempre, nada podía comprometerlo: era el rey, hacía lo que le placía.

—Sí —dije.

—Oh, ¿por qué?

¿La verdad?

—Porque me pone en una situación difícil.

—Oh.

«Sí. Tú vas navegando por la vida, mientras los demás nos arremolinamos para seguir tu estela».

Cambió de táctica, se puso persuasivo.

—Me gusta hacerte regalos.

Me ordené: «Mantén la compostura».

—Y a mí me gusta recibirlos —y así era, por supuesto que sí—, pero...

Un imperioso gesto de su mano enojada: «Nada de peros».

—Te sientan bien. El oro te sienta bien. Los regalos te sientan bien —. Una gran sonrisa—. Estás hecha para recibir regalos.

Cierto. «Maldita sea». Había picado el anzuelo, él recogía el sedal.

Dijo:

—Solo son regalos. —Luego, más bajo—: Tengo que hacerte regalos. —Y luego—: Por favor.

Mi confrontación no lo hizo parar. Al contrario... Llegó la primera carta: *Debo explicarme...*

¿Y qué fue lo que me explicó? Oh, que nunca había conocido a nadie como yo. Ese tipo de cosas.

De modo que entonces tuve que hablar con él de la carta.

—Su carta...

—¿Sí?

«¿Y bien?»

—Gracias.

—Oh. ¿Y?

«¿Y?»

—Eso es todo: gracias por su carta.

Se rio como si le hubiese contado un chiste.

—¿Vas a contestarme? —dijo aún con gesto divertido, pero también con otra mirada: los ojos claros y firmes.

—Oh. Sí. —«Maldita sea»—. Si así lo desea.

—Si tú lo deseas.

Asentí al tiempo que asimilaba sus palabras.

—Lo deseo. —Pero tenía que hacerlo, ¿no?

Cerca de una semana más tarde, cuando ya no podía posponerlo más, cuando él lo había mencionado ya varias veces, escribí aquella carta. *No puedo, escribí. Me conmueve y me honra, pero no puedo. No es por usted, es por mí. No puedo ser la amante de nadie, ni siquiera la suya.*

Él había tenido amantes, por supuesto, estando casado con Catalina. No era ninguna sorpresa. Lo sorprendente era su discreción: Enrique, el *showman* consumado, actuando con mesura, con secretismo, ocultándose. Había veces que todo el mundo sospechaba que había alguien, pero nadie parecía saber quién. Tal secretismo era un logro considerable en la corte. En otras ocasiones, sin embargo, todo se sabía y todos se regodeaban en ello. Seis o siete años antes de que Enrique me escribiese aquella primera carta de amor, su amante de la época había dado a luz a un niño. Betsy Blount fue celebrada como la madre del único hijo varón del rey. El pequeño Fitz recibió un bautismo grandioso con el cardenal Wolsey, nada menos, como padrino. Catalina asistió, con su impertérrita y serena sonrisa. Se comportó con elegancia, dijo la gente. Como una idiota, sería otra forma de calificarlo.

Lo único que mi pobre hermana consiguió fue que Enrique le pusiese su nombre a un barco. Adecuado, imagino que diría la gente: *Mary Bolena*, probablemente dijeron, tiene un montón de marineros en cada puerto; *Mary Bolena* cabalga las olas.

Todas las amantes que se le conocían —mi hermana no era una excepción— eran de un mismo tipo. Risueñas. Divertidas. Una amante siempre es divertida; para eso está. A Enrique le encantaba divertirse en aquella época; nada era más importante para él, así que nada era más importante en la corte. La corte parecía existir únicamente con ese propósito: para divertir a Enrique, día y noche, verano e invierno. Justas, banquetes, charadas. Cantar, cazar, apostar. Y la amante interpretaba su papel. Y sabía cuál era su lugar. Tenía que ser divertida mientras la cosa —mientras ella— durase. No había malentendidos. Después de que Betsy tuviese a Fitz, en una residencia que el rey le proporcionó a tal efecto, jamás volvió a la corte. Por el contrario, la casaron con un hombre al que luego se le asignaron varios cargos bien lucrativos. Desde entonces han tenido varios hijos. A mi hermana también, en su momento, se le concertó un matrimonio. Una vez más, sin problema alguno: un matrimonio feliz. Sin rencores, sin complicaciones. Para Enrique, las amantes eran amantes, no potenciales esposas. Ya tenía una esposa.

Yo jamás habría podido ser su amante; sencillamente, no era mi estilo. No creas que no podía ser divertida como todas las demás; más divertida que todas las demás. (Recuerda: no hago nada a medias). Pero yo jamás habría soportado ser desechada como si tal cosa, ser entregada,

casada con otro. Todo lo bueno se acaba, le había dicho Enrique a mi hermana. Pero, por supuesto, ella no podía decidir cuándo.

Enrique me dijo:

—No quiero que seas mi amante. —Estábamos sentados uno al lado del otro en su jardín privado, en Greenwich; en una audiencia privada a petición suya—. «Amante» —dijo, lleno de impaciencia, de escarnio—. Tú no eres... no podrías serlo. —Sacudió la cabeza como para aclarar sus ideas—. No quiero una amante; te quiero a ti. —Se encogió de hombros, impotente—. Quiero estar contigo.

Todo eso está muy bien, dije; nobles sentimientos, dije; pero —seamos francos— no sería sino su amante. Su prolongada e inexpressiva mirada era indescifrable; supuse que iba a reprenderme por la dureza de mi corazón.

Daba igual: aquel encaprichamiento conmigo se le pasaría, supuse. Yo lo fascinaba, estaba fascinado, eso era todo. Si no pasaba nada, perdería interés. Pero estaba equivocada: seis meses más tarde, su enamoramiento era mayor. No había escapatoria, ni siquiera cuando me retiré a Hever: empezaron a llegar cartas (*Escúchame: no ha habido ni habrá nunca nadie más que tú; no sabía nada hasta que te conocí*); regalos (racimos de joyas, figuritas de alcorza y piernas de venado) y en una ocasión vino él mismo (cenó con mi familia y se quedó a pasar la noche).

De no haber sido por su caligrafía, por su firma, no hubiera creído que aquellas cartas eran de Enrique. No había en ellas nada del rey que yo y todos los demás conocíamos, nuestro valeroso y rimbombante rey. En aquellas cartas había alguien perdido en el mar, en la oscuridad.

Ana, dijiste...

Por favor, Ana, ¿puedo tan solo...?

Su problema era que nunca había estado enamorado. Aquello era territorio desconocido para él. Había deseado a muchas mujeres, sí, y había disfrutado de la compañía de algunas. Era un hombre que amaba estar acompañado, y había habido mujeres. Cuando menos, su matrimonio daba fe de su caballerosidad. ¿Pero enamorarse? ¿Estar a merced de otra persona? No, nunca. No hasta que yo llegué.

Pero eso no era suficiente para mí. No era suficiente para que yo lo amase. Era suficiente para impresionarme, desde luego, ¿pero para enamorarme? No. Todas aquellas cartas, los paseos por los jardines, las citas de enamorados que me pedía, por encantadoras que fuesen, no funcionaban. Durante aquellas primeras semanas, me hizo confidencias: sobre su familia, sus caballos, música, libros, edificios, fe, Francia y España. Me fui ablandando, lo reconozco, lo encontraba puro a pesar de llevar todo el peso del mundo sobre sus hombros. Lo escuchaba, pero esquivaba sus preguntas. Mantenía las distancias, sin ceder terreno.

No era que no me gustase. Me gustaba; para entonces ya me gustaba mucho. Curiosamente, lo que me gustaba de él es algo que detesto en todas las demás personas: su conservadurismo. En su caso era comprensible, parte del trabajo. Pero no era natural en él, lo que lo convertía en víctima perfecta de mis burlas. Y a mí me encanta burlarme de todo. Y con nadie más que él había suficiente peligro para mí; nadie me llegaba adentro. Le encantaba

que le tomase el pelo, tal vez porque nunca nadie se había atrevido a hacerlo. Estaba maduro para ello, y yo estaba a su altura.

Llegó el invierno y creo que no hubo un solo día sin lluvia. Con todo, Wolsey empezó 1526 con alegría, con una limpieza de primavera. Proyectaba limpiar la casa real. Una de las consecuencias de esa limpieza fue que mi hermano George perdió su puesto en la Real Cámara. No era nada personal, nos aseguraron. Solo era uno de los seis acompañantes más cercanos al rey que había perdido su trabajo. Casualmente, otro de ellos fue nuestro primo Francis. Los caballeros de la Real Cámara se redujeron de doce a seis; no era más que una reducción de personal.

George estaba furioso por haber estado tan cerca del centro de todo y pasar ahora a ser un cortesano más. Y —lo que era peor—, ¿adivina quién estaba dentro? Nuestro cuñado, el nuevo marido de Mary, el inofensivo William. William Carey: su nombre lo dice todo. Y el encantador Harry Norris era ahora Sumiller de Corps y Custodio del Erario del Rey (¿y quién podía estar más cerca de un rey estreñado y derrochador?). Y el guapo Franky Weston, con aquella voz suya que por entonces no se había roto, fue nombrado paje. Nadie podía decir que mi hermano o mi primo fuesen bondadosos, agradables o guapos; ellos tenían otras cualidades. Aunque tampoco es que les sirvieran de mucho, al final. Porque ahora están todos muertos, salvo Francis. Francis probablemente no moriría a menos que le clavasen una estaca en el corazón. Si tuviese corazón.

No fue una estaca en el corazón, sino una astilla en un ojo: el gallardo Francis perdió más que su puesto en la Real Cámara aquel año. Fue en la habitual justa de Carnaval. Enrique había entrado en la arena a lomos de Governatore, que era nuevo para él y tal vez estuviese incluso más ansioso que él por impresionar a los presentes. El caballo actuó para el público y Enrique, a pesar de gozar del reto y el espectáculo, estaba un tanto sobrepasado por las circunstancias. Hannibal Zinzano, el cuidador del caballo, estaba, observé, atento, a un lado. Pero no fue Governatore el que provocó el asombro de la multitud, sino lo que el rey llevaba bordado en escarlata sobre su pecho cubierto de oro y plata: «Sin comentarios». Un murmullo de reconocimiento recorrió el gentío cuando Enrique recorrió la arena a medio galope y la gente leyó la frase o pidió que se la tradujeran. Todo el mundo sabía lo que significaba: había alguien; alguien nuevo. Se entusiasmaron: para ellos era un juego, una risa. La sonrisa de Enrique, si la había, quedaba oculta tras la babera del yelmo. No creo que me mirase. No necesitaba hacerlo. Yo no podía permitirme ese lujo. Al igual que todos los demás, estaba allí como espectadora.

No acababa de creer que lo hubiera hecho. De hecho, no estaba del todo segura de qué había hecho. No sabía cómo interpretarlo. Aquella declaración de que no iba a declarar. Aquella exposición pública de su privacidad. ¿Era yo cómplice de la broma u objeto de ella? Y entonces, mientras lo veía trotar por la arena, fue como si la broma se me desvelase. Esto es lo que vi: que cuando había tenido la idea, había tenido que ir a ver al señor Jasar,

su sastre, y discutir con él el diseño y el color, y luego había tenido que recibirlo, y expresar su agradecimiento. Y la mañana de la justa, había tenido que llegar a los establos vestido con aquel traje para darlo todo con Governatore. Lo que yo vi no fue la seriedad de Enrique con respecto a mí, sino más bien lo contrario. Lo que vi fue que a veces era una cuestión práctica, y otras veces, casi una irrelevancia. Era un hecho más en su vida.

Lo vi y me giré, miré a mi prima Maria. Ella y Hal, los hijos del tío Norfolk, estaban en la corte para alejarse de los peores momentos de la separación de sus padres, y habían ido conmigo a la justa. Maria estaba acurrucada a mi lado y me giré para comprobar que estaba bien envuelta y protegida del frío. Detrás de mí oí con claridad el grito ahogado de la multitud: grave, seco. Me di la vuelta como un resorte para ver a Harry Norris corriendo por la arena. Se dirigía a Enrique y a Francis, que habían desmontado y estaban luchando, o eso parecía: Henry intentaba agarrar la cabeza de Francis, cubierta por el yelmo, y Francis, frenético, se retorció, se agachaba, intentaba alejarlo. Los caballos permanecían a un lado, indefensos. Governatore, cabizbajo. Los gritos de Enrique se hicieron inteligibles, un nombre: «Vicary, llamad a Vicary». Su cirujano.

Vicary es bueno, pero no puede hacer milagros. Días después del accidente, el ojo de Francis se secó y nunca volvió a quitarse el parche. Pero no parece que le haya supuesto grandes dificultades. Al contrario. En cierto modo, se ve más elegante con él. Nadie sabía cómo había pasado, cómo había ido a parar aquella astilla al ojo de Francis, ni siquiera Enrique y Francis. En aquella época, Francis y yo

éramos buenos amigos; Francis, George y yo. Era uno de nosotros. Pero hace ya tiempo que ha dejado de ser así, y a veces me descubro deseando haber visto aquel sensacional y terrible golpe y poder recrearme en su recuerdo.

«¿Sin comentarios?» Pero sus allegados ya lo sabían. En la corte escasea la privacidad y, por supuesto, cuanto más grande eres, menos privacidad tienes. Estaban todos aquellos «Baila conmigo, Ana», y yo no tenía forma de explicar la procedencia de tantos pendientes de rubíes ni hacer que los chicos se comiesen tantas figuritas de azúcar. Empezaba a comprender que mi resistencia era, en gran medida, irrelevante. Se decía que el rey estaba obsesionado con Ana Bolena, y a nadie le importaban los detalles, como qué favores le había concedido o dejado de conceder. ¿Por qué no seguir el juego, entonces? ¿Dejarme llevar, sacar lo que pudiese de la situación? En cierto modo, no tenía elección. O no era ésa la elección: acabar convertida en madre de un hijo semi real y esposa de un don nadie consentidor pagado para ello. En absoluto estaba dispuesta a aceptar eso. ¿Pero por qué no divertirme un rato? Debía haber sido condesa de Northumberland, con una gran casa propia, pero seguía en los aposentos de la reina —con todos aquellos rezos y costura— sin que ningún otro pretendiente se atreviese siquiera a mirarme. ¿Por qué no había de disfrutar de un poco de diversión y, tal vez, algunas joyas?

Así, una noche, después de recibir sus atenciones durante cerca de un año, fui a ver a Enrique. Estaba cambiada, resuelta a arriesgarme. Él no percibió mi cambio y

me recibió con la misma modesta cordialidad de siempre: aquel rey que, por mí, estaba aprendiendo a vivir con tan poco de lo que más deseaba. Aquella velada me encantó: su falta de astucia, su franqueza. Me aturdió, me enterneció. Era un hombre dulce en aquellos días. Su verdadera naturaleza es la de un hombre de corazón blando. Al final de aquella velada, cuando todos se habían ido, yo seguía allí. Yo, los seis cansados músicos y un Franky Weston blanco como la leche que se disponía a cumplir con su deber y preparar la cama de Enrique. Quedarme hasta después de que mi hermano y los demás —el primo Francis, Harry, Billy— se hubieran marchado no había sido fácil, incluso para mí. ¿Dije noche? Madrugada, más bien. La mesa del banquete estaba llena de limones, naranjas, higos y nueces de azúcar que habían sido cascadas y cinceladas, mordidas: no eran ahora más que cáscaras sobre una arena azucarada. Le dije a Enrique que deseaba hablar con él.

—En privado —dije en voz baja. Él se inclinó hacia mí, expectante—. Solo en privado —susurré.

Él indicó a los demás: «Largaos».

Seis conjuntos de cuerdas cayeron en un repentino silencio, siete pares de pies recorrieron la alfombra. Él se giró hacia mí, complaciente; no había problema. Yo me sentía a la vez solemne —aquello era toda una empresa, «era el momento»— y ridículamente propensa a la risa. Le besé y él aceptó el beso y lo prolongó.

Más tarde, al amanecer, me pidió que me quedara y le dije que no. No le importó; estaba feliz, era una novedad y podía esperarlo todo. No tendría que esperar mucho, probablemente pensó.

—Tú... —me reprendió con gesto indulgente, familiar.

Aquellos primeros días fueron realmente felices para mí. Hacía mucho tiempo que nadie posaba sus labios sobre mi muñeca. Demasiado tiempo desde que el índice de alguien había recorrido mi anular desnudo. Cada atardecer, aquel verano, nos quedábamos solos junto al río cuando las sombras eran demasiado azules para estar cómodos.

Pero eso era todo lo que hacíamos. Cada noche, me pedía que me quedase, y cada noche le decía que no. No estaba dispuesta a ser su amante. Nuestra relación, por lo que a mí respectaba, era un coqueteo. Incluso me gustaba la palabra: «coqueteo». Y, por supuesto, me gustaban las joyas. Pero entonces, un día, en algún momento a finales de 1526, algo sucedió. Lo que sucedió fue que él entró en una estancia, sonriendo, y se sentó. Eso fue todo, pero fue decisivo. No me vio al cruzar aquella puerta. Entró con Billy Brereton, relatándole algún cuento que tenía a Brereton partido de la risa. Creo que no vio a nadie en particular, simplemente alzó una mano hacia los allí presentes, «No os levantéis». Pasó por delante de todos nosotros y se dejó caer en su trono; un hombre de miembros largos y relajados. Sonreía de oreja a oreja, complacido consigo mismo: el rey, el más regio de los reyes, sonriendo como un muchacho. Se pasó la mano por el pelo antes de reclinarsse y cerrar aquellos ojos como gemas. «Mírate», pensé, y supe, en ese preciso instante, que había sido una ingenua: tendríamos que pasar juntos el resto de nuestras vidas. Comprendí que era hora

de que Enrique siguiese adelante. Su matrimonio estaba acabado. Aunque nunca había sido un matrimonio. Solo una formalidad.

Así que, aquella misma noche, le pregunté:

—Si me amas tanto...

—Oh, sí, te amo, te amo —dijo al tiempo que besaba mi hombro.

—...¿por qué no te casas conmigo?

Él se rio.

—Bueno... —Se detuvo. Dejó de reír.

Sí. Precisamente. Ya estás casado.

Nervioso, intentó quitarle importancia:

—De todas formas, tú no te casarías conmigo.

—¿Ah, no?

Su sonrisa se heló; tras ella, podía verlo, pensaba rápidamente.

—Una chica lista como tú.

—Creía que no había nadie como yo.

—Y no lo hay.

—Bien, entonces...

Se echó hacia atrás para ver mejor mi cara.

—Pero no lo harías, ¿verdad?

Entonces le concedí una sonrisa.

—¿Me lo estás pidiendo?

La siguiente vez que me pidió que durmiese con él, intentó reforzar sus argumentos recordándome que íbamos a casarnos.

—Cuando estemos casados —dije— me quedaré.

Podía ver que apenas lo creía —que siguiese rechazándolo— y estuvo a punto de reírse, de protestar alto y

claro. Pero, por supuesto, era innegable: cuando estuviésemos casados, dormiríamos juntos.

Insistí:

—Enrique, Enrique, escúchame: lo último que necesitas es otro bastardo.

Puede que no le gustase oírlo, pero era cierto. No dijo nada por un momento y luego concedió:

—Bueno, será mejor que sea pronto, entonces.

—Sí —dije yo—, cierto, será mejor.

¿Por qué no había sucedido antes? Si éramos la pareja perfecta que yo afirmo, el encuentro de dos mentes, ¿por qué no empezó nada más conocernos? He estado pensando en eso. He pensado en esos seis años que vivimos el uno al lado del otro en la corte antes de que él le pidiese a su confitera que hiciese aquella rosa de azúcar para mí. No es que no nos conociéramos bien. Los Bolena no podían estar más cerca de Enrique: mi padre era Tesorero; mi hermano era uno de los Caballeros de la Real Cámara, parte de la élite que asistía al rey; mi hermana hizo lo mismo, aunque de modo diferente, el año que fue amante del rey. Sospecho que fue precisamente por esa razón: Enrique siempre estaba allí, y lo era todo; definía nuestras vidas, nuestras vidas giraban en torno a él. Y por eso, era prácticamente irrelevante para mí. A mis veintipocos años, estaba ocupada en mis cosas de muchacha. Perdidamente enamorada de un apuesto joven. Enrique era un hombre de treinta y tantos años, ya iniciada su segunda década de matrimonio. Además, por supuesto, era el rey. Para mí, no era un posible amante; jamás se me pasó por la cabeza. Y si se me hubiese pasado, Enrique no me habría atraído.

Oh, claro que me impresionaba, por supuesto que sí. Y me intrigaba. Pero el espectáculo de su persona... Bueno, era eso: un espectáculo. No era alguien de quien enamorarse.

Enrique no se divorció de Catalina por mi causa. Tal vez lo hiciese por mí, sí, al final. Pero no por mi causa. Pensaba hacerlo de todos modos, a su debido tiempo, probablemente para casarse con alguna princesa francesa. Wolsey era partidario de esa idea. Pero tardó en darse cuenta de lo que estaba pasando, el sabelotodo de Wolsey. Aunque sabía de mí. O creía saber. Pero lo que sabía — creía saber— era que yo era el nuevo pasatiempo del rey. Era adecuada para que me invitase una y otra vez a espléndidas cenas en su precioso Hampton Court (mil habitaciones, mil criados vestidos de carmesí) del brazo del rey... pero nada más. Como futura esposa, pillé desprevenido a Wolsey. Pero porque lo mantuvieron en la ignorancia. Fue sustituido como confidente del rey. Por mí, curiosamente. La mano derecha del rey sustituida por el pasatiempo: no es de extrañar que lo pillase con la guardia baja.

Levítico, capítulo 20, versículo 21: «Y el que tomare la mujer de su hermano, comete inmundicia; la desnudez de su hermano descubrió; sin hijos serán». La esposa de Enrique era —había sido— la esposa de su hermano, brevemente, antes de la muerte de éste. El matrimonio se consideró nulo porque, según Catalina, Arturo no había cumplido con sus deberes conyugales. El problema era que Enrique y Catalina seguían sin tener hijos. Bueno, sin hijos varones. Estaba, por supuesto, la hija, por patético

ejemplo que fuese. Se trataba de un error de traducción, dijo Enrique, convirtiéndose de repente en un especialista en hebreo: debía decir «sin hijos varones». El hecho de que Enrique y Catalina no tuviesen un hijo varón, decidió, era el castigo de Dios por un matrimonio pecaminoso. Eso dijo, y yo lo creí; se convenció a sí mismo a base de decirlo y a partir de entonces su fervor fue inquebrantable.

No fui yo quien le sugirió esa cita del *Levítico*. ¿Por qué habría de hacerlo? En mi opinión, tenía motivos más que suficientes para deshacerse de aquella española: había demostrado ser completamente inútil y ahora —como tía de un emperador desbocado— era un incordio. Y el *Levítico* no era ninguna novedad para él: lo había mencionado, años antes de conocerme, en su libro sobre Lutero. En cuanto a la dudosa validez de su matrimonio, sabía que se había planteado en su momento, y sabía también que, en algunos, persistía el recelo. Un obispo francés, por ejemplo, había cuestionado la legitimidad de la mocosa durante unas negociaciones para concertar su matrimonio. Nada de todo eso era nuevo, y nada —todavía— se debía a mí.

Como todos los demás miembros de la corte, había oído especulaciones ocasionales sobre un divorcio real: «¿Por qué no se deshace de ella?» Las rupturas y separaciones matrimoniales pasan continuamente. A veces una anulación, a veces un divorcio. ¿Y en este caso concreto? ¿Nuestro encantador y joven rey casado con una vieja monja tartamuda? Peor aún: una vieja monja tartamuda y española, cuando Inglaterra tenía su atención firmemente fijada en Francia. Aunque lo de que fuese española podía pasarse por alto: llevaba mucho tiempo aquí. Lo que de

verdad importaba era la clara ausencia de hijos varones vivos.

Si Wolsey se hubiese salido con la suya, le habría conseguido el divorcio a Enrique y luego habría traído carne fresca de Francia para producir príncipes, hacer amigos franceses y engalanarse para las funciones. Bien, yo podía hacer todo eso. Y más. Y no necesitaba ser de sangre real; Isabel Woodville no lo era, y eso no le había impedido casarse con Eduardo IV. Y, de todos modos, yo no dejaba de tener un poco de sangre real; tenía una gotita de sangre Plantagenet. (¿Aunque no la teníamos todos? Es decir, todos excepto Wolsey). Sin duda, podía darle hijos varones —la inútil de mi hermana acababa de tener uno— y era prácticamente francesa, había pasado una larga temporada en la corte de Francia y era apreciada allí por todos, por todo el que era alguien. Y aún había otro aspecto en el que era adecuada para ser reina: no había en toda Inglaterra nadie que pudiese rivalizar conmigo en elegancia en el vestir. Sabía vestirme como correspondía. Así que era adecuada. Y mejor aún, no me pondría tontita por añorar mi casa. Pero lo mejor de todo era que éste era mi país y yo tenía planes para él, además de agallas para llevarlos a cabo. Y uno de esos planes iba a hacerme muy popular con prácticamente todo el que no fuese Wolsey: quería deshacerme de Wolsey.

Podría decir que Wolsey se daba más importancia de la que merecía, pero dejémoslo de rodeos: Wolsey se daba más importancia de la que Inglaterra podía soportar. Jamás había habido un hombre en Inglaterra que acumulase tanta riqueza y poder sin ser rey. Además, se trataba de un

hombre que no era nada en absoluto, al menos no en origen: un don nadie convertido en clérigo, el hijo de un carnicero convertido en cardenal. Los nobles tenían bastante que decir al respecto, a sus espaldas.

Supongo que ésa era la razón por la que Enrique le confió su reino: no tenía amigos a quienes favorecer, ni motivos para reclamar el trono. El talento de Enrique —el mayor de sus talentos— es su capacidad para reconocer el talento de otros. Me pregunto ahora si debería incluirme a mí en esa afirmación. ¿Vio que no me detendría ante nada para librarlo de su acabada esposa? Enrique reconoce el talento y confía: confía plenamente, hasta que, de repente, deja de hacerlo. Ahora es en Thomas Cromwell en quien confía: Cromwell, el nuevo y mejorado Wolsey. El talento de Wolsey era gestionar el país por Enrique. Y aunque Enrique es un hombre de Estado serio... bueno, cuando era joven, lo que le apasionaba era la buena vida. Trabajaba un poco, pero luego quería irse a cazar o a bailar. Wolsey se quedaba y recogía las migajas. Y construía palacios con ellas.

Si había alguien que pudiese rivalizar con Wolsey, el hijo del carnicero venido a más, ésa era yo, la nieta de un comerciante objeto de los favores del rey. Yo sabía de dónde venía él. Él, sin embargo, ni siquiera me vio venir. Como era una mujer, no me vio venir. Y yo era un rival a su altura, no una muchachita sin personalidad; no era un Stafford que, cuatro o cinco años antes, había dado por sentado que podía chasquear los dedos y obtener el callado apoyo de toda la nobleza mientras le hacía unas cuantas preguntas incómodas a los Tudor sobre su linaje. Cuando Stafford

chasqueó sus dedos, Enrique lo oyó. Y Enrique también chasqueó los suyos —para que le trajesen una pluma, tinta, una sentencia— y Stafford acabó en la picota. Y eso con un rey que por entonces no era dado a los derramamientos de sangre; un rey al que le encantaba ser amado. La ejecución de Stafford los había dejado a todos —incluso a mi tío Norfolk— amohinados, apagados. Pero no a mí. Stafford era historia para mí, yo nunca lo había conocido y, de haberlo hecho, no me habría gustado. No suponía pérdida alguna para mí: otro aristócrata inglés con la nariz comida por la viruela que miraba por encima del hombro a gente como nosotros, los Bolena. Lo que le había sucedido a Stafford no era un aviso para mí. Yo no iba a perder los nervios.